

INSTITUTO DE HERMANAS BETHLEMITAS
HIJAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Casa General

CIRCULAR No. 01 A

REF. Saludo de Navidad 2013

Bogotá, diciembre 17 de 2013

Queridas hermanas:

Llego hasta cada una de ustedes con mi saludo fraternal en esta Navidad que el Señor nos regala y que se convierte para cada una de nosotras en oportunidad para acrecentar nuestros sentimientos de amor a Jesús humilde y pobre que nace en Belén. Para nosotras celebrar la Navidad es ir al corazón mismo de Dios y contemplar la inmensidad de su amor y de su ternura. Es dejar que Dios nos ame; sentir su amor.

Con gran cariño hemos preparado el pesebre y los demás detalles que invitan a la celebración navideña. Con seguridad nuestro ser vibra con los villancicos y oraciones, y cada día la expectativa del encuentro crece. Al respecto, reflexionemos sobre un interesante texto de Anselm Grün tomado de su libro “La Navidad, celebración de un nuevo comienzo”:

“A lo largo de la historia, los artistas han representado el pesebre de las más variadas formas. En Oriente es a menudo un pesebre de piedra semejante a un ataúd. Y el Niño está envuelto como un cadáver. Obviamente, el pesebre remite en este caso a la tumba de Jesús, en la que éste nació de nuevo en la resurrección. Sólo allí es vencida para siempre la muerte. El nacimiento de Cristo es la causa de que en la muerte renazcamos a la vida del más allá. La humanación, la pasión y la resurrección van juntas. En el arte bizantino, y también en Occidente, existe la modalidad del pesebre-altar, que alude ya a la

Eucaristía. “Belén”, en efecto, significa “casa del pan”. En la eucaristía se celebra de manera continuamente renovada el misterio de la humanación de Dios. En ella comemos el pan que baja del cielo. En la Edad Media, el pesebre se representa, en la mayoría de los casos, como un pesebre de madera, en el que la paja constituye una blanda cama para el niño. En este caso, el pesebre está puesto en medio de la vida cotidiana campesina”.

Hagamos de nuestro corazón un pesebre donde Jesús nazca. Un pesebre con nuestra pobreza y pequeñez; un pesebre donde nuestra realidad con sus luces y sus sombras, sus gozos y preocupaciones, sea el lugar auténtico del encuentro con el Niño que llega. Sintamos cómo Jesús nace en cada una de nosotras en el pesebre que hemos preparado; es allí, en el pesebre, donde podemos ser tal como somos. Y justamente en esta línea les propongo que demos una mirada a los discípulos de Emaús; recordemos el maravilloso momento en que le dicen al compañero de camino: “quédate con nosotros”. Esta es la hospitalidad tan propia de nuestra vida bethlemita: ofrecer un lugar seguro donde el desconocido pueda convertirse en amigo.

Sólo cuando invitamos a Jesús a venir y a quedarse, el encuentro se convierte en una relación transformadora. Jesús viene a nosotras; quiere nacer en el pesebre de nuestra interioridad, quiere habitar nuestra casa para llenarla de luz. Los dos amigos invitan a Jesús para que se quede con ellos. Cuando comen el pan que les ofrece, sus vidas se transforman en la vida de él. Ya no son ellos los que viven sino el mismo Jesús quien vive en ellos. La casa, vacía y sin calor, se convierte en hogar; la mesa, en lugar de intimidad. Jesús es el invitado que tan pronto entra en la casa se convierte en el que atiende. Si dejamos que Jesús nazca en el pesebre de nuestro corazón, éste será su hogar.

Entremos en comunión con el Niño que viene y nuevamente sintamos cómo arde nuestro corazón porque le pertenecemos; somos de él. Y contemplemos a cada una de nuestras hermanas del mismo modo en que los discípulos de Emaús comenzaron a verse: como personas que se pertenecen mutuamente porque cada una pertenece al

Señor. Y vayamos, como ellos, alegres y generosas a la misión; digamos con gozo: “lo que hemos visto y oído os lo anunciamos” (1Jn, 1,3).

Jesús, con quien compartimos la intimidad, se nos revela en los niños, en los pobres, en los enfermos, en los ancianos, en los tristes, en las víctimas de la injusticia y de la violencia, en los necesitados.... Preguntémosles: “¿de qué hablan por el camino?”. Escuchemos sus historias... ofrezcámosles el pesebre de nuestro corazón.

¡Feliz nacimiento de Jesús en el pesebre de nuestro corazón!

Fraternalmente,

Diana Lucía Torres Bonilla, Bethl
Superiora General